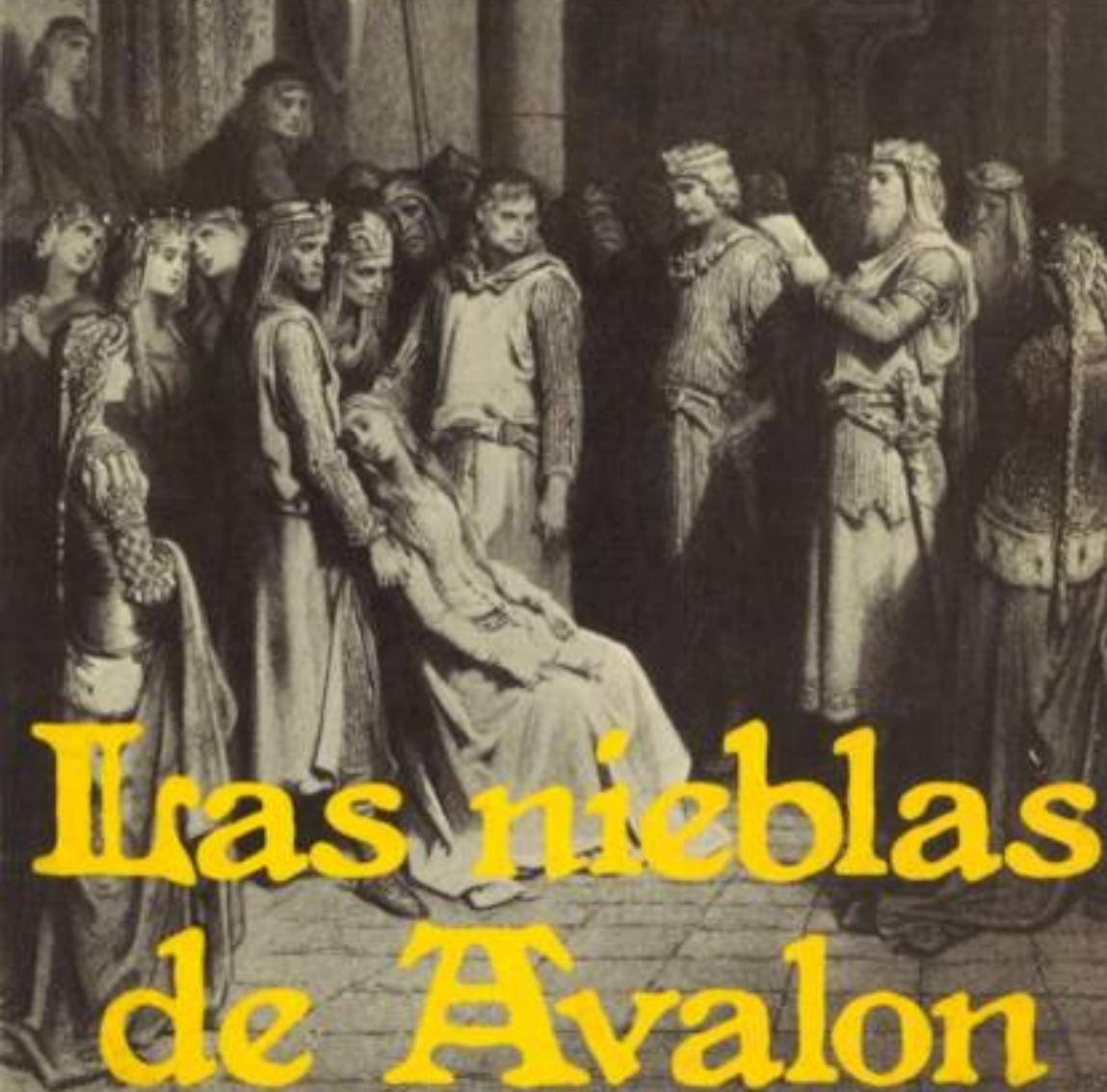


MARION ZIMMER BRADLEY

LA REINA SUPREMA



Las nieblas de Avalon

Libro II

En el Norte del país, donde habitan las tribus de raza celta, reina Lot de Orkney en compañía de su esposa Morgause, hermana de la madre de Arturo.

La vida es dura en los largos inviernos y la moral relajada a causa de las costumbres de Lot y la ninfomanía de Morgause; quien, no obstante, dirige la corte con acierto y aconseja bien a su esposo en los asuntos de estado. Por el contrario, en Caerleon, sede de Arturo y Ginebra, los comportamientos se rigen por los principios cristianos, aunque la pasión de la Reina Suprema por Lancelot...

Libro dos
REINA SUPREMA

I

Muy al Norte, donde Lot reinaba, la nieve alcanzaba gran altura, e incluso al mediodía era frecuente la presencia de una neblina de apariencia crepuscular. En los escasos días en que el sol brillaba, los hombres podían salir a cazar, pero las mujeres quedaban aprisionadas en el castillo. Morgause giraba con pereza el huso; detestaba hilar tanto como lo había detestado siempre, pero la estancia estaba demasiado oscura para permitir otra labor más delicada. De pronto, sintió una gélida corriente de aire que procedía de la puerta abierta y levantó la mirada.

—Hace demasiado frío para eso, Morgana, y has estado todo el día lamentándote del frío, ¿quieres que todas nos quedemos como carámbanos? —dijo con ligero tono de reproche.

—No me he estado lamentando —repuso ésta—. ¿He dicho una sola palabra? La habitación huele tan mal como un excusado y el humo también apesta. Quiero respirar, ¡sólo eso! —Cerró la puerta y volvió al hogar, frotándose las manos y temblando—. No he entrado en calor desde el solsticio de verano.

—No lo dudo —dijo Morgause—. El pequeño pasajero que llevas te absorbe todo el calor de los huesos, está guarecido y cómodo mientras su madre tiritita. Siempre.

—Al menos ya ha pasado el solsticio de invierno, amanece antes y los días son más largos —dijo una de las muje-

res de Morgause—. Quizás dentro de quince días des a luz a tu hijo...

Morgana no respondió, seguía junto al fuego temblando y frotándose las manos como si le dolieran. Morgause pensó que parecía su propio espectro, su rostro se había afilado adquiriendo una delgadez cadavérica, las manos huesudas y esqueléticas contrastaban con la enorme prominencia del vientre. Tenía grandes círculos oscuros bajo los ojos y los párpados enrojecidos como si hubiera estado llorando; pero Morgause no había visto a la joven derramar una sola lágrima en todas las lunas que llevaba en aquella casa.

Debería consolarla, pero ¿cómo hacerlo si ni siquiera llora?

Morgana iba ataviada con una vieja saya que había pertenecido a Morgause y un blusón azul oscuro, descolorido y deshilachado, grotescamente largo. Tenía un aspecto desgarrado, casi harapiento, y a Morgause le exasperaba que su sobrina no se hubiese molestado siquiera en coger aguja e hilo para acortar un poco el blusón. Los tobillos, también hinchados, sobresalían sobre el borde de los zapatos debido a que sólo había pescado salado y malas verduras para comer en aquella época del año. Todos necesitaban alimentos frescos, que no eran fáciles de conseguir con aquel clima. Bueno, tal vez los hombres tuvieran algo de suerte en la cacería y pudiera lograr que Morgana comiera carne fresca. Después de haberse quedado cuatro veces encinta, Morgause sabía el hambre que se siente al final del embarazo. En una ocasión, recordaba, estando embarazada de Gawaine, fue a la vaquería y comió de la arcilla que guardaban para blanquearla. Una vieja comadrona le había contado que cuando una mujer preñada no puede evitar comer cosas tan extrañas es porque el niño pasa hambre y ella debería tomar todo cuanto desease. Acaso al día siguiente encontrara hierbas, junto al arroyo de la montaña,

que es lo que todas las embarazadas anhelan, especialmente al final del invierno.

El hermoso pelo negro de Morgana veíase enmarañado, también, en una floja trenza, parecía como si no se lo hubiese peinado y vuelto a trenzar durante semanas. Se apartó del fuego, tomó un peine que había en el anaquel, y cogiendo a uno de los perritos falderos de Morgause, empezó a peinarlo. Morgause pensó: *Más te valdrá ocuparte de tu propio pelo*, pero se contuvo. Morgana estaba tan alterada últimamente que no había modo de hablar con ella. *Es bastante natural estando tan cerca el momento*, pensó, contemplando como las huesudas manos de la joven pasaban el peine por el espeso pelaje; el perrito protestaba y gemía, y Morgana lo acalló con voz más dulce de la que empleara con ningún ser humano por aquellos días.

—No puede faltar mucho, Morgana —dijo Morgause con amabilidad—. Posiblemente darás a luz llegada la candelaria.

—Aún me parece demasiado tarde. —Morgana le dió al perro una última palmadita y lo dejó en el suelo—. Vamos, ya estás adecentado para hallarte entre señoras, cachorri-llor... ¡qué lindo estás, con el pelo alisado!

—Voy a avivar el fuego —dijo una de las mujeres, llamada Beth, haciendo a un lado el huso y echando la rueca en una cesta de lana—. Los hombres llegarán pronto a casa, ya ha anochecido. —Fue hasta el fuego, resbaló con una astilla que había en el suelo y estuvo a punto de caerse al hogar—. Gareth, pequeño desastre, ¿por qué no limpias todo este desorden? —Arrojó la astilla al fuego y Gareth, de cinco años, que había estado colocando palitos y hablando con ellos quedamente, protestó furioso, ¡los palitos eran sus soldados!

—Bien, Gareth, es de noche y tus ejércitos deben retirarse a sus tiendas —dijo Morgause.

Haciendo pucheros, el muchachito situó a su ejército en un rincón, pero guardó uno o dos soldados cuidadosamen-

te en el pliegue de su túnica; eran los más grandes, los que Morgana había tallado a principios de año proporcionándoles tosca semejanza a hombres con yelmo y armas, tiñéndolos con zumo de bayas para simular la túnica carmesí.

—¿Me harás otro guerrero romano, Morgana?

—Ahora no, Gareth —le respondió—. Me duelen las manos del frío. Mañana, quizás.

Se le acercó frunciendo el ceño y, deteniéndose junto a sus rodillas, preguntó.

—¿Cuándo seré lo bastante mayor para ir de caza con padre y Agraviane?

—Te quedan aún unos cuantos años, supongo —respondió Morgana sonriendo—. No podrás ir hasta que seas lo bastante alto para que no te pierdan en un ventisquero.

—¡Mira, cuando estás sentada soy más alto que tú, Morgana! —Impaciente, le dió una patada a la silla—. ¡No hay nada que hacer aquí!

—Bueno —repuso ésta—, siempre puedo enseñarte a hilar y así no te verás obligado a estar ocioso. —Recogió la rueca que Beth había dejado y se la entregó, pero él hizo una mueca, retrocediendo.

—Voy a ser un caballero. ¡Los caballeros no tienen que hilar!

—Es una lástima —dijo Beth molesta—. Tal vez no estropearían tantas capas y túnicas si supieran cuán penoso es tejerlas.

—Mas *había* un caballero que hilaba, cuenta la historia —afirmó Morgana, extendiendo los brazos hacia el niño—. Ven aquí. No, siéntate en la banqueta, pesas demasiado para que pueda tenerte en el regazo como si fueras un niño de pecho. Hubo antaño, antes de que aparecieran los romanos, un guerrero llamado Aquiles que sufría una maldición; una vieja hechicera le dijo a su madre que moriría en la guerra y ésta le puso unas faldas para esconderlo entre las mujeres, con quienes aprendió a hilar, a tejer y a hacer cuanto es apropiado para una doncella.

—¿Y murió en la guerra?

—Así fue, porque, cuando la ciudad de Troya quedo sitiada, llamaron a todos los caballeros y guerreros para tomarla, Aquiles se unió a los demás, era el mejor de todos. Se dice que se le había ofrecido una alternativa, podría vivir largo tiempo seguro, hasta morir de viejo en su lecho y ser olvidado, o podría tener una vida corta, y morir joven y con gran gloria, y eligió la gloria. Así pues, los hombres todavía narran su historia en las epopeyas. Luchó en Troya con un guerrero llamado Héctor, es decir, Ectorius en nuestra lengua.

—¿Es el mismo sir Ectorius que adoptó a nuestro rey Arturo? —inquirió el chico con los ojos muy abiertos.

—De seguro que no, porque eso ocurrió hace cientos de años, pero puede haber sido uno de sus antepasados.

—Cuando esté en la corte y sea uno de los caballeros de Arturo —dijo Gareth, con ojos redondos como platos—, seré el mejor guerrero en la batalla y ganaré todos los premios en los torneos. ¿Qué le pasó a Aquiles?

—No lo recuerdo, fue hace mucho tiempo, escuché este relato en la corte de Arturo —dijo Morgana, llevándose las manos a la espalda como si ésta le doliese.

—Háblame de los Caballeros de Arturo, Morgana. Conoces a Lancelot, ¿verdad? Yo le vi, aquel día en que Arturo fue coronado. ¿Ha dado muerte a algún dragón? Cuéntame, Morgana...

—No la importunes, Gareth, no se encuentra bien —dijo Morgause—. Ve a las cocinas a ver si pueden encontrar una torta de maíz para ti.

El niño pareció malhumorado, mas sacó el caballero tallado de la túnica y se alejó hablándole en tono quedo.

—Sir Lancelot, partiremos para dar muerte a todos los dragones del Lago...

—Sólo habla de luchas y batallas —dijo Morgause con enojo— y de su preciado Lancelot, como si no fuera sufi-

ciente el tener a Gawaine lejos luchando junto a Arturo. Espero que cuando Gareth sea mayor, haya paz en la tierra.

—Habrá paz —repuso Morgana ausente—, pero eso no importa, porque morirá a manos de su mejor amigo.

—¿Qué? —gritó Morgause mirándola, mas la joven tenía los ojos vacíos y desenfocados; la sacudió amablemente, preguntando—. ¿Morgana? ¿Morgana, estás enferma?

Morgana parpadeó sacudiendo la cabeza.

—Lo siento, ¿qué me decías?

—¿Qué te decía? Más bien, ¿qué me decías tú a mí? —inquirió Morgause; pero viendo la angustia en los ojos de Morgana, se le puso el vello de punta. Acarició la mano de la joven, tratando de considerar las sombrías palabras como fruto del delirio—. Creo que debes haberte dormido con los ojos abiertos. —Se encontró rechazando la idea de que Morgana hubiese tenido un momento de Visión—. Debes cuidarte mejor; apenas comes; ni duermes.

—La comida me da náuseas —repuso Morgana, suspirando—. Si fuera verano, podría tomar un poco de fruta... anoche soñé que comía manzanas de Avalon. —Tenía la voz trémula y agachó la cabeza para que Morgause no viera las lágrimas afluyendo a sus ojos; mas apretó las manos y no sollozó.

—Todos estamos hartos de pescado salado y bacon ahumado —dijo Morgause—, pero, si Lot ha tenido buena caza, podrás comer carne fresca. —Morgana, pensó, había sido adiestrada en Avalon para ignorar el hambre, la sed y la fatiga; ahora, cuando podría relajar un poco tales austeridades, se enorgullecía de soportarlo todo sin una queja.

—Has sido instruida como sacerdotisa, Morgana, acostumbrada al ayuno, pero el niño que va a nacer no puede soportar el hambre y la sed, y estás demasiado delgada...

—¡No te burles de mí! —Dijo Morgana airada, señalándose el vientre enormemente hinchado.

—Pero los huesos se marcan en tu rostro y manos —repuso Morgause—. No debes dejar de comer, llevas a un hi-

jo y has de tenerlo en consideración.

—¿Consideraré su bienestar cuando él considere el mío! —exclamó Morgana, levantándose bruscamente, pero Morgause le cogió las manos y la volvió a sentar.

—Querida niña, sé lo que estás pensando, he concebido cuatro hijos, ¿recuerdas? Estos últimos días son peores que todos los meses anteriores juntos, por largos que te hayan parecido.

—Debiera haber sido lo bastante sensata para deshacerme de él cuando aún estaba a tiempo.

Morgause abrió la boca para darle una seca respuesta, luego respiró y dijo:

—Es demasiado tarde para afirmar que debieras haber hecho esto o aquello; diez días más y todo habrá concluido. —Sacó un peine de los pliegues de la túnica y empezó a desenredar la trenza de Morgana.

—Déjalo —dijo Morgana impaciente, apartando la cabeza del peine—. Yo misma lo haré mañana. He estado demasiado agotada para pensar en eso. Pero, si te molesta mi apariencia... bueno, dame el peine.

—Quédate quieta, querida —dijo Morgause—. ¿No recuerdas cuando eras pequeña en Tintagel y solías pedirme que te peinase porque tu aya... cómo se llamaba? Ahora lo recuerdo: Gwennis, así era, te daba tirones y tú le decías: «¿Dejarás que lo haga tía Morgause?». —Fue pasando el peine por el pelo, desenredando mechón tras mechón, acariciando la cabeza de Morgana afectuosamente—. Tienes un pelo muy bonito.

—Negro y liso como la crin de un caballo en invierno.

—No, hermoso como la lana de una oveja negra, radiante como la seda —repuso Morgause, acariciando aún la oscura melena—. Estate quieta, yo te lo trenzaré... siempre he deseado tener una niña, para poder vestirla y hacerle trenzas... mas la Diosa sólo me ha enviado hijos y, por eso, has de ser tú mi hijita, mientras me necesites. —Oprimió la cabeza contra su pecho y Morgana permaneció reclinada,

angustiada por las lágrimas que no podía derramar—. Ah, así, así, mi pequeña; no llores, ya no queda mucho, así, así... no te has cuidado bien, necesitas las atenciones de una madre, mi pequeña...

—Es sólo que... esto es tan oscuro... ansío la luz del sol...

—En verano disponemos de una ración excesiva de sol. Hay luz hasta la medianoche —dijo Morgause—, y por eso en invierno tenemos tan poca. —Morgana se estremecía a causa de los sollozos que trataba de controlar y Morgause la apretó con fuerza, acunándola dulcemente—. Así, pequeña, *lennavan*, así, sé como te sientes... tuve a Gawaine en lo más crudo del invierno. Había poca luz y una tormenta como la de ahora, y yo sólo tenía dieciséis años, y estaba muy asustada, ¿sabía tan poco sobre la cuestión...! Deseé haberme quedado como sacerdotisa en Avalon, o en la corte de Uther, o estar en cualquier parte menos aquí. Lot se hallaba ausente, en la guerra, y yo me angustiaba por lo abultado de mi cuerpo, por las náuseas y los dolores de espalda y, sobre todo, por encontrarme sola entre mujeres extrañas. ¿Crearás que, durante todo el invierno, tuve a mi vieja muñeca en el lecho, y la abrazaba, y lloraba por las noches para conciliar el sueño? ¡Qué niña era! Tú, al menos, eres una mujer, Morgana.

Morgana dijo, un poco avergonzada:

—Sé que soy demasiado mayor para comportarme como una niña... —mas siguió aferrada a Morgause, mientras ésta la mimaba y le acariciaba el pelo.

—Y ahora, ese mismo hijo a quien di a luz antes de ser una mujer adulta está luchando contra los sajones —dijo—, y tú, a quien tuve en mi regazo como a una muñeca, vas a tener un hijo. Ah, sí, sabía que tenía noticias que contarte. La mujer del cocinero, Marged, ha dado a luz, sin duda porque las gachas de avena de esta mañana tenían demasiadas vainas, así pues, tendrás a alguien que pueda amaman-

tar al tuyo. Aunque, ciertamente, cuando lo veas, querrás darle el pecho tú misma.

Morgana hizo un gesto de repulsión y Morgause sonrió.

—Igual me sentía yo, antes de dar a luz a mis hijos, mas cuando les miraba a la carita, sentía que nunca iba a poder apartarlos de mis brazos. —Sintió que la joven se contraía—. ¿Qué te ocurre, Morana?

—Me duele la espalda. He estado sentada demasiado tiempo, eso es todo —dijo Morgana, levantándose inquieta y paseando por la estancia, con las manos apoyadas en la parte baja de la espalda. Morgause entrecerró los ojos, pensativa. Sí, en los últimos días el vientre hinchado de la muchacha había estado descendiendo; no podía faltar mucho. Haría que llenasen la antesala de las mujeres con paja nueva y hablaría con las comadronas para que estuviesen preparadas.

LOS HOMBRES DE LOT HABÍAN ENCONTRADO un ciervo en las colinas. Cuando, una vez desollado y limpio, fue asado en un gran fuego y su olor se extendió por todo el castillo, ni siquiera Morgana rehusó un trozo de hígado crudo, con la sangre aún goteando. Era costumbre que tal manjar fuera guardado para las mujeres que estaban encinta.

Morgause pudo verla hacer una mueca de repulsión, como ella hiciera cuando le daban tales cosas estando embarazada; mas Morgana, al igual que ella misma, lo succionó con avidez. El cuerpo demandaba alimento a pesar de la repulsión de la mente. Más tarde, sin embargo, cuando la carne estuvo asada y la trincharon en lonchas para servirla, Morgana se negó a comer más. Morgause cogió un trozo de carne y la puso en el plato de Morgana.

—Cómetelo —le ordenó—. Morgana, has de obedecerme, no debes negarte a comer, perjudicando a tu hijo con esa actitud.

—No puedo —dijo Morgana con débil voz—. Me darán náuseas, déjalo ahí y lo intentaré dentro de un rato.

—¿Qué te pasa?

Morgana inclinó la cabeza y murmuró:

—No puedo comer carne de ciervo, lo hice en Beltane cuando... y ahora sólo el olor me produce arcadas.

Y ese hijo fue engendrado en los fuegos rituales de Beltane. ¿Qué es lo que la aflige de tal modo? Ese recuerdo debería de resultarle agradable, pensó Morgause, sonriendo ante el libertinaje de Beltane. Se preguntaba si la muchacha habría caído en manos de algún hombre especialmente brutal y había padecido algo semejante a una violación. Eso justificaría su ira y la desesperación a causa de su estado. Empero, lo hecho, hecho estaba, y Morgana era lo bastante mayor para saber que no todos los hombres son brutales, aunque hubiese caído en manos de uno que lo fuera.

Morgause tomó un trozo de pastel de avena y lo empapó en jugo de carne.

—Tómate esto al menos, que también te alimentará —le dijo—. Te he hecho un poco de té de rosas; está amargo y te sentará bien. Recuerdo mi afición por las cosas amargas cuando estaba embarazada.

Morgana comió obedientemente y a Morgause le pareció que su rostro adquiría cierta animación. Hizo una mueca a causa del amargor de la bebida pero, no obstante, apuró el recipiente.

—No me gusta —dijo—, y sin embargo, no puedo dejar de beber; es extraño.

—Tu hijo lo ansía —repuso Morgause seriamente—. Los niños, en el útero, saben lo que es bueno para ellos y nos lo demandan.

Lot, sentado cómodamente entre dos de los cazadores, sonrió con afabilidad a su sobrina.

—Es un animal viejo y correoso, mas una buena cena para los últimos días de invierno —dijo— y me alegro de

que no cogiésemos a ninguna cierva en celo. Vimos dos o tres, pero le dije a mis hombres que las dejaran e incluso aparté a los perros. Quiero que los ciervos se reproduzcan en paz y pude ver que está próximo el momento, ya que muchas de ellas estaban preñadas. —Bostezó, levantando al pequeño Gareth, que tenía la cara grasienta y brillante—. En breve serás lo bastante mayor para ir de caza con nosotros —le aseguró—. Tú y el pequeño Duque de Cornwall, sin duda.

—¿Quién es el Duque de Cornwall, padre?

—El bebé que lleva Morgana —replicó Lot, sonriendo, y Gareth miró a Morgana.

—No veo ningún bebé. ¿Dónde está tu bebé, Morgana?

Ésta rió entre dientes, turbada.

—El mes que viene por estas fechas te lo enseñaré.

—¿Te lo traerá la doncella de la primavera?

—Puedes decirlo así —repuso Morgana, riendo a pesar de sí misma.

—¿Cómo puede ser duque un bebé?

—Mi padre fue Duque de Cornwall. Soy su única hija en matrimonio. Cuando Arturo llegó a ser rey, le devolvió Tintagel a Igraine; pasará de ella a mí y a mis hijos, si los tengo.

Morgause, mirando a la joven, pensó: Su hijo se halla más cerca del trono que Gawaine. Soy hermana de Igraine, y Viviane tan sólo hermana de madre, por tanto Gawaine es pariente más cercano que Lancelot. Pero, el hijo de Morgana será sobrino de Arturo. Me pregunto si ella habrá reflexionado sobre eso.

—Ciertamente, Morgana, tu hijo será Duque de Cornwall.

—O duquesa —repuso Morgana, sonriendo nuevamente.

—No, puedo asegurar por el modo en que lo llevas, bajo y ancho, que será un niño —dijo Morgause—. He tenido

cuatro y he observado a mis sirvientas cuando estaban embarazadas... —Le hizo un gesto malicioso a Lot y prosiguió—. Mi marido toma muy en serio ese viejo dicho que afirma que un rey ha de ser un padre para su pueblo.

—Creo que es de derecho que los hijos legítimos que me ha dado mi reina tengan muchos hermanos; dicen que no tener hermanos es como ir sin montura... Vamos, sobrina, ¿por qué no coges el arpa y cantas para nosotros?

Morgana hizo a un lado los restos del pastel mojado.

—He comido demasiado para cantar —dijo, frunciendo el ceño, y volvió a pasear por el salón.

Morgause vio que se oprimía la espalda con las manos. Gareth se acercó a Morgana y le tiró de la falda.

—Canta para mí. Cántame esa canción sobre el dragón.

—Ya es demasiado tarde, deberías estar en tu lecho —repuso ella, mas se dirigió a un rincón y tomó la pequeña arpa que allí se encontraba, sentándose en un banco. Tocó azarosamente algunas notas, se inclinó para ajustar una de las cuerdas y prorrumpió en una burlesca canción de soldados.

Lot y sus hombres se constituyeron en coro, y sus broncas voces se elevaron con las volutas del humo:

*Los sajones vinieron en la oscuridad de la noche,
Cuando la gente dormía,
Mataron a todas las mujeres, porque
preferían violar a las ovejas.*

—No aprendiste esa canción en Avalon, sobrina —afirmó Lot sonriendo, cuando Morgana se levantó para dejar el arpa.

—Canta otra vez —la incordió Gareth, pero Morgana negó con la cabeza.

—No tengo aliento ahora para cantar —replicó. Soltó el arpa y cogió el huso; pero al cabo de un momento, lo hizo a un lado y volvió a vagar por el salón.